

Vida Consagrada, entre los pobres de la tierra

P. Cecilio de Lora, SM

Resumen

La opción por los pobres y la inserción entre ellos, son exigencias ineludibles del seguimiento de Jesús. No se puede optar por lo que es una enseñanza y una práctica fundamentales en la vida de nuestro Señor: es cuestión de obediencia y fidelidad, aunque las formas de realizarlo puedan ser diversas. Desde esta perspectiva se hace un pequeño recorrido histórico para identificar cómo la Vida Consagrada ha vivido la inserción entre los pobres de la tierra, deteniendo la atención particularmente en América Latina y el Caribe, en la segunda mitad del siglo pasado: Medellín y Puebla serán puntos fundamentales de referencia. Así, se desemboca en los momentos actuales, para señalar los desafíos y orientaciones que esta inserción encara.

A opção pelos pobres e a inserção entre eles, são exigências necessárias do seguimento de Jesus. Não se pode optar pelo que é um ensinamento e uma prática fundamental na vida de nosso Senhor: é questão de obediência e fidelidade, ainda que as formas de concretização sejam diferentes. Nesta perspectiva faz-se um pequeno percurso histórico para identificar como a Vida Consagrada tem vivido a inserção entre os pobres da terra, atendo-nos particularmente na América Latina e Caribe, na segunda metade do século passado. Medellín e Puebla serão pontos fundamentais de referência. Assim, se desemboca nos momentos atuais, para mostrar os desafios e orientações que esta inserção enfrenta.

Entre la Vida Consagrada (VC) y los pobres de la tierra existe, pienso, una relación que podría denominarse dialéctica: se niega por un lado la pobreza como un valor en sí -la pobreza no es buena ni querida por Dios, pues es mayoritariamente el resultado de un pecado social, estructural, como señalan Medellín y Puebla-, y se afirma por otro lado la centralidad de los pobres de la tierra, amados por Dios, “porque yo soy compasivo” (Ex 22, 26), nos dirá el mismo Yahweh¹. Y desde entonces, al menos, el acercamiento a los pobres de la tierra tiene una profunda e ineludible dimensión teológica: amamos preferencialmente a los pobres no porque sean necesariamente buenos, sino porque el Dios de la vida es bueno, los ama y no quiere que se le quite la vida a los más débiles de sus hijos (como bien subraya Gustavo Gutiérrez). Y además, en frase lapidaria de Jon Sobrino, *extra pauperes nulla salus*: fuera de los pobres no hay salvación.

Desde esta perspectiva de fondo, se presenta ahora una triple y breve reflexión en torno a la inserción de la VC entre los pobres de la tierra:

- desde la prehistoria lejana de la VC;
- desde su historia cercana;
- desde los desafíos actuales.

1. DESDE LA PREHISTORIA LEJANA

La VC tiene su origen, según muchos analistas de su historia, allá por el siglo IV después de Cristo, cuando un grupo de cristianos y cristianas, inconformes con las medidas constantinianas, decidieron adentrarse en el desierto. Los padres y madres del desierto, como son denominados, significaron desde sus comienzos un modo alternativo de vivir el seguimiento de Jesús con toda parresia. Con ellos, la VC se identifica con una búsqueda apasionada de Dios, es “una cuestión de amor” (Ernesto Cardenal). Más tarde, en el correr de los siglos, la VC se iría cargando generosamente de obras que opacarían muchas veces la originalidad del empeño inicial.

En sus raíces, la VC, identificada con los padres y madres del desierto, no se inserta entre los pobres, sino que se hace pobre ella misma, en toda desnudez y soledad. Desde los tiempos de Jesús de Nazaret, los pobres están en el centro de su mensaje mesiánico (Lc 4, 18: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido para que dé la buena noticia a los pobres”), así como de su actividad que anuncia la llegada del Reino (Mt 11, 4: “Vayan a contar a Juan lo que ustedes ven y oyen...”). Así lo entendieron los primeros cristianos, que ponían todo en común (cf. Hch 2, 4-45), de tal modo que “no había entre ellos ningún necesitado” (Hch 4, 34-35). No era necesario optar por algo que era un mandato y un ejemplo indiscutible de nuestro Señor. Los temas de la opción

y la inserción son posteriores, aparecen cuando se oscurece de alguna manera la radicalidad del seguimiento.

Saltando los siglos -por la brevedad de estas reflexiones-, no podemos olvidar sin embargo la figura clave, por lo que al tema de la pobreza se refiere, de Francisco de Asís y coetáneos. Francisco se coloca en una situación límite, al borde de una historia naciente que se alza sobre los esquemas de la burguesía (la sociedad de los Burgos), y divisa proféticamente una manera nueva y buena de vivir, radicalmente anclada en el Evangelio, “sin glosas”. Sueña que otro mundo es posible. Y hasta otra Iglesia, según le reclama el Cristo de San Damián. La “dama pobreza” será la piedra angular de esa utopía.

Más tarde, las Congregaciones Religiosas que van apareciendo se orientaron fundamentalmente, por no decir exclusivamente, al servicio de los pobres. Piénsese enseguida en Monsieur Vincent y tantos otros. Sólo un par de Congregaciones se dedicaron a los ricos porque estos habían quedado marginados de la atención y celo de los religiosos y las religiosas de entonces. Después del Vaticano II, esas mismas Congregaciones pusieron su corazón y sus esfuerzos del lado de los pobres de la tierra, los verdaderos marginados, mientras otras se iban corriendo hacia los ricos de este mundo, amparadas en interrogantes dudosos e interesados: ¿y... quiénes son los pobres...?

2. DESDE SU HISTORIA CERCANA

Por ponerle un límite temporal a este apartado, señalemos la fecha de 1945.

La coordenada espacial de esta reflexión será, por otra parte, la de América Latina (AL). En aquellos momentos termina la II Guerra Mundial y nace la ONU. Y con ella, la CEPAL que se cuidará de la economía de este subcontinente. Con la CEPAL se pone en marcha un esquema interpretativo de AL que consiste en identificar a nuestros países como subdesarrollados, desde la perspectiva de los autodenominados desarrollados. Sin entrar en el análisis y crítica de estos planteamientos -basta remitirse a los hechos de un empobrecimiento creciente-, lo cierto es que esta doctrina “cepalina” es fundamentalmente de corte económico. Se desarrolló el subdesarrollo, en frase aguda de un sociólogo canadiense. Esta identificación economicista de la problemática latinoamericana tuvo también incidencia en la comprensión pastoral del quehacer de la Iglesia. Y, como consecuencia, de la misma VC. Se enfatiza la pastoral de las élites (de la que hablaría la misma Conferencia de Medellín) y de las personas claves para influir desde la alta política en el crecimiento económico de nuestros pueblos. La VC sigue por entonces un comportamiento tradicional, sin que la inserción en el mundo de los pobres tenga mayor significación. Por lo demás, aún no ha llegado el Concilio Vaticano II con el que se operaría un giro copernicano decisivo, también en el tema que nos preocupa ahora.

Al esquema subdesarrollo-desarrollo, fundamentalmente economicista como se acaba de indicar, sucede otro de corte más social: la problemática latinoamericana y caribeña viene identificada con la marginalidad de nuestras gentes, marginalidad que se verifica en los te-

rrenos de la educación, de la salud, de los servicios públicos, del hacinamiento en los barrios periféricos de las grandes ciudades, del campo con relación a la vida urbana, etc. Frente a la marginalidad, la solución discurriría por los caminos de la integración. En estos momentos -termina la década de los 50 y nos adentramos ya en la de los 60- se inicia el éxodo, tímido al principio, de la VC hacia la periferia del sistema. Se alumbran cambios sustanciales con la aparición de J. F. Kennedy y Juan XXIII; se anuncia el Vaticano II y, en los terrenos de la economía y la política, surge ya otro esquema interpretativo de AL: el de una situación de dependencia injusta, en todos los terrenos, que exige procesos de liberación, también en todos los terrenos, incluido el eclesial y teológico.

Pero volvamos atrás por unos momentos. Se dio, como se indicaba, un primer éxodo de la VC hacia la periferia de las ciudades y de los sistemas, minoritario pero significativo. Este éxodo se considera como la expresión de una generosa entrega que, en ocasiones, crea diferencias y hasta tensiones peligrosas entre la VC inserta (CRIMPO, por ejemplo) y la que continúa asentada en modelos y ubicaciones tradicionales. Algunas Congregaciones se vanagloriaban incluso de tener ya un pequeño porcentaje de sus efectivos viviendo entre los pobres, mientras la mayoría seguía en obras que permitían obtener los recursos económicos para financiar el despliegue hacia la periferia. Todo se justificaba noblemente y daba paz a las conciencias.

Con todo, y reconociendo hoy la generosidad de este arranque inicial, a

una cierta distancia podemos recoger una serie de observaciones que pueden ayudarnos en los momentos actuales de cara al futuro. Ante todo, cabe señalar que el éxodo se realiza del centro a la periferia: se va a ayudar a los pobres -con un cierto simplismo en el decir- partiendo de los ricos. Y, lo que es más exigente, yendo a ellos con esquemas mentales y medios materiales propios de la seguridad que proporciona un sistema bien establecido. Más aún, ese centro ofrece refugio y seguridad en casos de peligro. Se ayuda a los pobres, pero todavía no ha saltado la alarma de que se trata de luchar con los pobres por salir de la pobreza. Algunos han llamado asistencialista a este éxodo inicial, aún vigente, por lo demás.

Tal vez faltaba una conciencia crítica adecuada en el fondo de estos planteamientos generosos. Aquello del evangelio sobre los signos de los tiempos (cf. Lc 12, 54-56; 21, 29-31), que más tarde actualizaría el Vaticano II, no había entrado todavía en el pensar habitual de la VC. Seguían vigentes los esquemas de una conciencia ingenua: “siempre tendremos a los pobres con nosotros”; o de una conciencia precrítica que identificaba la causa de la pobreza con el comportamiento individual de los pobres: su situación sería el fruto de su pereza, de sus vicios... sin referencia a las causas estructurales de la pobreza, como señalarían más tarde Medellín (1968) y Puebla (1979). Se hablará entonces de una conciencia crítica en la que se articulan correctamente elementos evangélicos y sociológicos.

Contemplando más de cerca nuestra historia reciente, de la que aún vivimos,

admiramos cómo la opción **por** los pobres -mejor sería hablar de una opción **con** los pobres para superar la injusticia que genera la pobreza- ha sido, desde Medellín una prioridad insoslayable de nuestra Iglesia:

“...queremos que la Iglesia en América Latina sea evangelizadora de los pobres y solidaria con ellos, testigo del valor de los bienes del Reino y humilde servidora de todos los hombres de nuestros pueblos” (Medellín 14,8).

Con estos planteamientos de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, se abren nuevos horizontes en la vida de nuestra Iglesia y también de la VC. El final de la década de los 60 y toda la del 70 viene marcado por un entusiasmo grande centrado en los tres elementos que van a configurar de manera original el perfil de la Iglesia latinoamericana (no de una nueva Iglesia, sino de una manera nueva de ser Iglesia), a saber: la opción por los pobres, el florecimiento de las Comunidades Eclesiales de Base (CEB) y el entusiasmo por la liberación, anticipo de la plena redención de Cristo, como señala hondamente el documento de educación de esta Conferencia (M 4,9). Los tres elementos están íntimamente articulados entre sí, no se puede dar el uno sin el otro. Y a partir de ellos se va identificando una VC más coherente con los signos de los tiempos y, en particular, con las exigencias de la inserción entre los pobres de la tierra.

Puebla, una década más tarde, dará un nuevo paso al afirmar que la Iglesia no sólo evangeliza a los pobres, sino que es

evangelizada por ellos.

“El compromiso con los pobres y oprimidos y el surgimiento de las Comunidades de Base han ayudado a la Iglesia a descubrir el potencial evangelizador de los pobres, en cuanto la interpelan constantemente...” (P 1147).

La década de los 80 trae consigo un crecimiento de las CEB, respaldadas ampliamente por Puebla, lo mismo que fue apoyada la articulación entre seguimiento de Cristo y compromiso con los pobres.

En efecto, hay un punto de referencia para identificar en plenitud lo que implica el seguir a Jesús de Nazaret: el compromiso con los pobres. Puebla, como ya se apuntaba, lo expresó con toda claridad:

“Acercándonos al pobre para acompañarlo y servirlo, hacemos lo que Cristo nos enseñó, al hacerse hermano nuestro, pobre como nosotros. Por eso el servicio a los pobres es la medida privilegiada aunque no excluyente, de nuestro seguimiento de Cristo” (P 1145).

El subrayado es mío (y la expresión “aunque no excluyente” pertenece a los añadidos posteriores a la Conferencia, no aprobados oficialmente por ella) y el sentido es bien claro y exigente. Jesús llama para que sus seguidores continúen el tipo de justicia que él anuncia y practica. Y eso no fue comprendido y aceptado ni siquiera en su tiempo. Cuando Juan el Bautista ya en

la cárcel oyó hablar de Jesús, envió a sus discípulos para aclararse:

“¿Eres tú el que había de venir o tenemos que esperar a otro?”

Jesús respondió:

-Vayan a contar a Juan lo que ustedes ven y oyen: los ciegos recobran la vista, los cojos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres reciben la Buena Noticia: y ¡feliz el que no tropieza por mi causa!” (Mt 11, 3-6).

Preocuparse de los pobres fue ya, en tiempos de Jesús, motivo de tropiezo. Como ocurrió en esa década, en la que la CLAR estaba liderando realmente un caminar de la VC según las líneas de Medellín y Puebla. Los Seminarios de renovación de la VC, iniciados en 1974, esparcieron gozosa y fecundamente su semilla y la inserción entre los pobres de la tierra se consideró el camino normal y adecuado para que esa semilla diese fruto abundante.

Poco a poco se fue perfilando, sin embargo, un contraflujo en todos los terrenos de la vida política y social, y hasta en el mismo terreno eclesial. La década de los 80, que prologaba ya la década perdida de los 90, se abre dramáticamente con el martirio de Mons. Oscar Arnulfo Romero (¡San Romero de América Latina!, al decir de Pedro Casaldáliga), el 24 de marzo de 1980, en El Salvador, y se cierra con el emblemático 1989. De ese año muchos recuerdan la caída del muro de Berlín, como símbolo de la desaparición del comunismo moscovita, pero pocos rescatan y resaltan la caída de Ignacio Ellacuría y compañe-

ros mártires jesuitas, más dos mujeres, también en El Salvador. La década se abre y se cierra con sangre martirial. Y entre medias se endurece un cierto desencanto con relación a lo que fue el entusiasmo de Medellín y Puebla: poco a poco se debilitan las Comunidades Eclesiales de Base (CEB); crecen las sospechas y las notificaciones con relación a la teología de la liberación y algunos de sus mejores representantes; y, por si fuera poco, aumenta el cansancio de los buenos, como se ha denominado una cierta apatía en relación a la opción por los pobres. Lo que en Medellín y Puebla fue auténtico entusiasmo, se ha debilitado ahora ante el crecimiento de la pobreza, en particular, y de ciertos gestos eclesiales.

Aunque la Cuarta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, celebrada en Santo Domingo en 1992, proclamase una renovada y evangélica opción por los pobres en continuidad con Medellín y Puebla (SD 302), nos encontramos ya plenamente envueltos en el neoliberalismo salvaje, como lo denominaba Juan Pablo II. Algo de esta triste realidad anunciaba el mismo Papa en Puebla (1978), cuando señaló proféticamente que “hay pueblos ricos cada vez más ricos, a costa de pueblos pobres cada vez más pobres” (expresión de su discurso inaugural, recogida luego en el No. 30 del Documento final de Puebla). Son años en los que Francis Fukuyama publicaría su obra “El último hombre y el fin de la historia”, insinuando que el mundo neoliberal, globalizado, había llegado a donde tenía que llegar la historia: no se deberían buscar nuevas alternativas políticas, sociales o económicas. Era una visión fatalista y pesimista

a partir de la perspectiva de los países ricos. Desde entonces se ha venido ampliando la brecha entre esos países y los países empobrecidos, así como entre las clases poderosas y las clases populares dentro de nuestras naciones, según datos estadísticos de los mismos organismos oficiales, tanto nacionales como internacionales, bien conocidos.

Todo ello va a incidir, una vez más, en ese cansancio de los buenos: se seguirán líneas de inserción iniciadas en Medellín, pero se advierte una cierta apatía, falta de creatividad. Si hubo un tiempo (década de los 60 y 70) en que se habló de una espiritualidad del éxodo, cuando se sabía de dónde se partía y adónde se quería llegar, bebiendo en su propio pozo (Gustavo Gutiérrez), ahora se comienza a hablar de una espiritualidad del exilio, al no saber cuándo se podrá salir del estancamiento en que se encuentra AL ni a dónde podremos o deberemos llegar. Se ha globalizado la injusticia; ha cobrado fuerza nueva la “violencia institucionalizada” de la que ya hablaba Medellín (Paz, 16). La situación de empobrecimiento creciente viene denunciada, como ya se indicó, por los mismos organismos internacionales tanto políticos como económicos. Todo se confabula para crear un clima de pesimismo y desaliento que afecta también los procesos de inserción entre los pobres que había venido desarrollando la VC.

3. DESDE LOS DESAFÍOS ACTUALES

Cuando escribo estas líneas, estamos en vísperas de la Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, a celebrarse en Aparecida,

Brasil, a partir del 13 de mayo. El panorama económico y social, cultural y religioso no es nada alentador. Todo lo contrario: los retos tienen un dramatismo nunca antes imaginado. Pero el pueblo cristiano, y la VC en medio de él, mira el acontecimiento con esperanza inquebrantable, sabiendo que el Espíritu del Señor no duerme ni descansa. Resuena entre nosotros las palabras de Yahweh a Josué: “¡Animo, sé valiente! No te asustes ni te acobardes, que el Señor, tu Dios, estará contigo en todas tus empresas...” (Josué 1, 9), incluida la de la inserción de la VC entre los pobres de la tierra.

En estos momentos también es importante recordar el dicho de que cuando no tenemos muy claro hacia dónde vamos, bueno es recordar de dónde venimos... Y nosotros, en concreto, venimos de Jesús de Nazaret y su pasión por el Reino de Dios a partir de los pobres de la tierra. Este planteamiento, único e insustituible, debe ser la savia que revitalice la inserción de la VC entre los empobrecidos de nuestro tiempo. Hay varios elementos, al respecto, que ofrecen nuevas y esperanzadoras perspectivas.

Uno de ellos tiene que ver con la misma composición de la VC. La inserción de esta vida entre los marginados ha contribuido a que florezcan vocaciones para la Vida Religiosa en los medios populares, así como en los indígenas y afro-americanos. No son numerosas, pero sí significativas. Una VC que en buena parte reclutaba sus miembros no hace mucho entre las clases medias, adquiere ahora un nuevo rostro y nuevos retos. El reto fundamental tiene que ver con un posible desclasamiento

de estas vocaciones. En un seminario de la CLAR por tierras guatemaltecas, una novicia indígena nos dijo que para ella el voto de pobreza significaba dejar de ser pobre... En todo caso, esta presencia nueva debe llenarnos de alegría y llevarnos también a revisar comportamientos y lenguajes pertenecientes a modelos culturales exclusivos y excluyentes, desde una perspectiva más coherente con los nuevos tiempos y los nuevos horizontes.

Una segunda consideración con relación a la inserción de la VC tiene que ver con el mismo voto de pobreza. Tal vez sea este voto el de más difícil comprensión y vivencia en los momentos actuales. Frei Betto nos cuenta que estando en la prisión de San Pablo, en el Brasil, junto a otros tres jóvenes dominicos, durante la dictadura militar, recibieron la carta de unas jóvenes religiosas que iban a profesar sus votos perpetuos. Querían saber el significado de los votos en los tiempos actuales. Los dominicos rezaron, reflexionaron y enviaron su respuesta, recogida en el libro que más tarde publicarían: *Cartas na fogueira*. En ella consideran que el voto de obediencia tendría que ser llamado “voto de fidelidad” al proyecto del Padre, el Reino anunciado por Jesús, a cuyo servicio se encuentran tanto los superiores como todos los religiosos y religiosas; el voto de castidad debería ser considerado como el “voto de la gratuidad”, que nos habla del amor gratuito, tranquilo y gozoso; y el voto de pobreza vendría denominado adecuadamente como el “voto de solidaridad”. Han pasado ya los tiempos en los que el voto de pobreza tenía que ver primordialmente, y casi exclusivamente, con la austeridad

o el ahorro (aspectos necesarios pero no los más importantes). Este voto está siendo fuertemente cuestionado hoy por muchos, dentro y fuera de la VC. Es cierto que en este voto se contempla cómo todo debe ser puesto en común, pero ese “todo” significa que generalmente no falta nada. La dimensión de solidaridad con los empobrecidos da al voto una exigencia de autenticidad sin la cual pierde su valor el seguimiento de Jesús de Nazaret, el campesino galileo, marginal, que puso su vida entera del lado de los marginados de su tiempo. Esta solidaridad debería ser afectiva, es decir que los pobres de la tierra ocupan el centro de nuestro amor por el Reino de Dios y por el Dios del Reino, y también efectiva. Según esta solidaridad, cuanto vivamos y hagamos tendrá como horizonte la liberación de los oprimidos y empobrecidos por estructuras de injusticia. Alguna traducción reciente de la primera bienaventuranza en Mateo 5, 3, reza: “bienaventurados los que han puesto su corazón del lado de los pobres”. Otras, “bienaventurados los que eligen ser pobres”. La que aquí estamos empleando, “Felices los pobres de corazón porque el reino de los cielos les pertenece”.

En este último acercamiento, cabe señalar otro desafío y otra manera muy actual de vivir la inserción de la VC. Se trata del compromiso que muchos religiosos y religiosas asumen de solidarizarse con los movimientos por otro mundo posible que hoy se multiplican: foros sociales, movimientos por la paz, organizaciones que buscan la justicia... expresiones todas de una conciencia cívica y social de creciente importancia. La inserción no es entonces funda-

mentalmente geográfica -aunque puede serlo también-, sino intencional, codo a codo con todos los que, sin exclusiones de raza, género, color o religión, sueñan con una sociedad diferente que los cristianos, por nuestra parte, identificamos con el ideal del Reino de Dios.

Se traspasan los muros del convento tradicional para fundir esfuerzos con el pueblo de Dios que sueña con la utopía que Jesús vino a revelarnos. Las formas de este compromiso son múltiples, según las regiones y las culturas. Se exige, lógicamente, un discernimiento lúcido y un valor evangélico semejantes al que en un día tuvieron los padres y madres del desierto para mostrarnos, según recordamos antes, una manera alternativa de vivir el cristianismo.

En medio de estos nuevos desafíos y posibilidades que encara hoy la inserción de la VC, en AL y el Caribe, será fundamental tener bien presente los caminos de acercamiento del Dios de Jesús a nuestra historia. Es un planteamiento teológico fundamental que permitirá, pienso, dar a la exigencia de la inserción su verdadero sentido. No se trata, en efecto, de una aventura generosa, marcada a veces por tintes de simple compasión o, incluso, de intereses inmediatistas políticos. No. La inserción sigue un modelo que se remonta a Miryam de Nazaret, la humilde campesina, a cuya puerta llama Dios para entrar en nuestra historia y plantar en ella la carpa donde morará su Palabra (Jn 1, 14). Y ello ocurre, después en Belén, desde la pobreza y la debilidad. Santo Tomás de Aquino nos dirá profundamente que, en el momento de la Anunciación, María estaba en lugar de toda la naturaleza

humana, en nuestro lugar. La inserción en lo pequeño es el camino para que la gracia y el amor de Dios lleguen a nosotros como salvación. Como lo vivió y enseñó Jesús, el que colocaba a los niños en el centro para indicarnos el camino del Reino (Lc 18, 16-17 y par.)

La inserción tiene que ver con estos modelos que muy bien entendió Pablo cuando escribió que “Dios ha elegido los locos del mundo para humillar a los sabios, Dios ha elegido a los débiles del mundo para humillar a los fuertes, Dios ha elegido a la gente sin importancia, a los despreciados del mundo y a los que no valen nada, para anular a los que valen algo. Y así nadie podrá gloriarse frente a Dios” (I Cor 1, 27-28).

La inserción de la VC no es novedad ante la que se opta, sino radicalidad es seguir a Jesús de Nazaret y su manera de revelarnos la salvación desde los pobres de la tierra.

Notas

¹ Los textos bíblicos están tomados de La Biblia de nuestro pueblo. Biblia del Peregrino. América Latina. Edición de Misioneros Claretianos y Mensajero. 2006.

